

DISCURSO TRABAJO SOCIAL Mayo 29, 1992.
Aula Magna, Extensión

Me gustaría aprovechar los minutos que se me han dado para hablarles en el día de su titulación, en hacer algunas reflexiones sobre los tiempos que corren, porque ustedes van a ejercer un trabajo que está directamente conectado con lo más íntimo del tejido social, y lo van a ejercer en un tiempo crítico de la historia de la humanidad.

En el momento de irse, ustedes se hacen seguramente la pregunta sobre el rol que les aguarda, y sobre su futuro y los instrumentos con qué cuentan; y nosotros nos quedamos aquí con la pregunta acerca de qué cosa les habremos dado, acerca de la forma en que la universidad ha cumplido en ustedes su misión.

Son inquietudes distintas las suyas y las nuestras, pero tienen una misma raíz. Somos conscientes de que se nos ha confiado un tesoro a ustedes y a nosotros, y a la vez somos conscientes de que no sabemos apreciarlo en lo que vale ¿haríamos por él lo que el hombre del Evangelio, de vender todo nuestro haber para tratar de comprar el campo en que se esconde el tesoro. ¿Nos damos cuenta de que, como los apóstoles en la Puerta Hermosa del Templo tenemos el nombre y la fuerza que pueden hacer que el tullido camine, y que en vez de una mezquina limosna reciba la salud? ¿Seremos capaces de ser consecuentes con lo que creemos en la fe? ¿Seremos capaces de integrarlo en forma armónica al mundo de nuestras convicciones y de nuestros actos?

* * * * *

Nuestro siglo, el que está por terminar, empezó movido por la idea del progreso, por la fe en el progreso, por una especie de idolatría de lo nuevo, porque las cosas nuevas -ya fueran en lo técnico, en lo científico, en lo social- eran como el anticipo de alguna forma de feliz culminación. Para el socialismo marxista se trataba de una sociedad sin clases; para el liberalismo, de una sociedad de perfecta competencia. Las dos cosas no son tan distintas entre sí, y la semejanza sugiere un origen común. Y en efecto, los mecanismos de la lucha de clases o los mecanismos del mercado, según el caso, podían conducir este progreso humano sólo si el hombre no era verdaderamente libre, sólo si estaba determinado en su acción. En ambos casos, en el fondo, se hallaba escondida una concepción materialista del ser humano, visto como una cosa entre las cosas.

La idea del progreso indefinido era como una especie de divinidad, que hacía que todo lo nuevo apareciera como bueno y deseable, pero las horribles tragedias de las guerras mundiales, y todo su cortejo de sufrimientos, vinieron a matar esa idea de un camino seguro y necesario de adelanto y de progreso, hecho de mecanismos infalibles que garantizaban el avance de la humanidad hacia una meta feliz.

Y así se ha desembocado en una sociedad tecnificada, en la que todas las cosas, incluido el hombre mismo son como instrumentos destinados no a sí mismos, sino a hacer algo con ellos. Se realiza en la historia lo que había llamado Nietzsche la muerte de Dios, con la desaparición de los valores supremos, incluido el del ídolo del progreso. Y como consecuencia ocurre una especie de liberación explosiva de valores que son simplemente la expresión de la voluntad de poder.

Estamos como sumergidos en eso, formando parte de un mundo en el que parece a ratos, que rigiera la pura racionalidad científica ordenada a

acumular el máximo de poder posible para el hombre, y a determinar así los valores que han de imperar en el mundo.

Pero incluso a los teóricos de esta manera de ver, les parece claro que ella es limitada, que el ser humano la desborda, que por mucho que ella aparezca históricamente dominante, no será ella la que agote las posibilidades de la existencia humana.

* * * * *

A ese mundo que cree en la posibilidad de tecnificarlo todo, tenemos nosotros que mostrarle que no todo es instrumento para algo. A esa humanidad que no cree en valores supremos, tenemos que ir nosotros a decirle que no es cuestión de valores, sino de realidades, y que la primera de ellas, la que a todas las determina, es sencillamente que somos creaturas.

Yo creo que la gran educación que necesita la humanidad hoy día es esta de que somos creaturas, y de la forma en que somos creaturas. Necesita que se le diga (GS 19) que "la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios". Necesita que se le diga que nuestra comunidad humana es algo inmensamente más grande que un complejo sistema social, porque participa del misterio de Dios mismo, al decir del Concilio (GS 24) "...cuando el Señor ruega al Padre, que todos sean uno, como nosotros también somos uno (Jn. 17, 21-22) abriendo perspectivas cerradas a la razón humana, sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad...". Necesita que se le diga que el verdadero centro, sujeto y objeto de toda posible vida social y cultural es el hombre, pero no el hombre como objeto de intercambio, como nudo de comunicaciones, como sujeto de ambiciones, penas o placeres, sino el hombre con todo eso, pero como

misterio, como camino de Dios en la tierra que sólo se aclara en la perspectiva de las grandes cosas que Dios ha querido hacer y ha hecho con la humanidad"... sólo en el misterio del Verbo Encarnado empieza a aclararse el misterio del hombre" (G S)

* * * * *

Estamos inmersos en un mundo en el que estas consideraciones se relegan al ámbito de las cosas subjetivas, cuando no imaginarias, de lo que se puede tomar o dejar sin que afecte el tejido social. Pero las instituciones de Iglesia y los hijos de la Iglesia, no tienen derecho a olvidar que éstas son las cosas que realmente constituyen el mundo, las que le dan su consistencia y su sentido a la realidad, y que no son de tomar o dejar. Sabemos que su aceptación no se puede imponer, pero eso no nos autoriza para callarlas, ni para no proponerlas, porque ellas son nuestra deuda hacia la humanidad, lo mejor que podemos proponerle y enseñarle.

Y creemos que en la medida en que el ser humano acepta esa realidad, él puede actuar en forma diferente. En esa perspectiva se puede asumir la difícil construcción del mundo, no como arrastrado por un proceso ciego ni como atraído a una utopía inalcanzable, sino por esa acción de rasgos divinos que es el trabajo. Cuando como ustedes se ha de desenvolver la vida cerca del mundo del trabajo, se está próximo a la determinación primera de Dios sobre el hombre para quien creó un jardín y lo puso para que lo trabajara y lo cuidara. Por el trabajo el hombre hace patente una dimensión de su imagen y semejanza de Dios. Pero -y eso es lo fundamental, que nos pone a años luz de un proceso ciego o una utopía- el trabajo es expresión de nuestra naturaleza auténtica sólo si se hace de una muy determinada manera. Y es propio del oficio de ustedes llevar a la sociedad la convicción de que el ser humano no está llamado a dominar la tierra de cualquier

modo, como si fuera arcilla en sus manos, como si todo fuera su instrumento.

Dice Juan Pablo II en *Laborem Exercens*, "El trabajo entendido como proceso mediante el cual el género humano somete la tierra, corresponde a este concepto fundamental de la Biblia sólo cuando al mismo tiempo, en todo el proceso, el hombre se manifiesta como el que domina...", esto es cuando el ser humano no es usado, no es instrumentalizado, cuando mantiene íntegro su valor porque "El primer fundamento del valor del trabajo, es el hombre mismo, su sujeto...", no sus resultados por útiles, necesarios, o aún deslumbrantes que ellos sean.

La prioridad del ser sobre el tener no excluye, sino reclama la necesidad de tener, precisamente para ser más; la necesidad de aumentar los bienes disponibles, para que el capital, el conjunto de cosas que el trabajo crea, esté efectivamente al servicio del hombre y por lo mismo planteará la necesidad de interrogarse sobre el tipo de orden social que estamos construyendo, para que sea uno en que todos tengan posibilidad de acceso a la propiedad según el principio del destino común de los bienes de la tierra, y en que la verificación concreta de la justicia en todo el sistema económico-social sea la justa remuneración del trabajo. (*Laborem Exercens*)

Pero toda esta perspectiva cuya posibilidad se le abre al hombre, a pesar de sus debilidades y sus fallas, es una perspectiva real, positiva, precisamente porque es verdad que el hombre es creatura y no dispone a su arbitrio, ni de sus hermanos ni del conjunto de la creación. Es esa realidad lo que permite recuperar el camino, aun cuando por culpa propia se lo hubiera extraviado.

Es seguro que nosotros como institución, todos nosotros como personas hemos extraviado el camino muchas veces, y pienso que por desgracia

muchas veces lo volveremos a perder. Pero lo que importa por sobre todo, es que no perdamos de vista el núcleo de nuestra existencia. Porque la Iglesia es iglesia de pecadores, su obra se hace por pecadores y por hombres y mujeres que se equivocan a menudo. Pero son ellos los que pueden aportarle a la humanidad esa visión de sí misma, que es capaz de producir en muchos sitios y en muchos tiempos los frutos que anticipan el reinado de Dios.

Les deseo cordialmente a todos ustedes una vida plena, la que es capaz de conocer el ser humano cuando es fiel a su vocación creadora.